

De este modo resulta, que la especie ovina manchega, se encuentra magníficamente estudiada en cuanto a su morfología y sus aptitudes como productora de carne, de leche y de lana. Sin duda su explotación ha alcanzado importantes progresos y mejoras en cuanto se refiere a la unidad de sus caracteres y a la cantidad y calidad de sus producciones, a las atenciones que se prodigan al ganado mediante abrigos, porches y apriscos y a la buena técnica para la fabricación de sus excelentes quesos.

Sin embargo, las modernas prácticas de cultivo y las costumbres nacidas al amparo de los medios que ofrece la mecánica en todos los órdenes, está influyendo muchísimo en la cuantía de esta riqueza, que se encuentra al borde de una crisis que puede afectarle más de lo conveniente en sus efectivos, si bien esto constituye tema para otro género de consideraciones económicas.

En este momento nos ha parecido oportuno recordar un aspecto de esta raza, que casi constantemente viene siendo objeto de apreciaciones y de preferencias por muchos ganaderos. Nos referimos a la existencia, como es sabido, de dos variedades dentro de la misma raza, ampliamente conocidas y descritas; la variedad blanca muy extendida y la variedad negra o parda en vía regresiva.

No es que a nuestro juicio haya grandes diferencias en cuanto a su exterior, a su biotipo, ni siquiera en sus aptitudes, sino que en términos generales de adaptación al medio y de productividad que la competencia práctica de los ganaderos con sus preferencias hacían ostensibles al preferir el ganado negro al blanco.

Sin embargo, actualmente, el ganado negro o pardo se ha reducido en proporción considerable, debido a que en estos pasados años su lana se ha venido depreciando, en proporciones injustificadas, según exponemos más adelante.

La estimación de la variedad negra, sin duda, de que ha sido preferida por los pequeños ganaderos, dueños de un reducido ható que constituye su tradicional patrimonio, cuidado y vigilado por él mismo y por sus familiares, cuyas atenciones inveteradas se han venido reflejando en una mejor adaptación al medio, que le facilita sortear todos los inconvenientes del mismo, poco favorecido por las lluvias y por consiguiente con alternancias frecuentes de escasez y acaso, a pocas de hambre.

No es frecuente la existencia de grandes rebaños negros; en cambio abundan y abundaban más antes, muchos hatos de cien a ciento cincuenta cabezas, que como decimos, llaman atención por bien llevadas, como se le decirse y este mismo elogio del ganado le sirve de satisfacción profesional, muy legítima para preferir suyo, lo tradicional de su casa al blanco, pese a la depreciación que le ha tenido la lana, por considerarse comparado con el buen estado de sus animales, su productividad y la mejor resistencia para soportar las adversidades climatológicas.

No nos ha sido posible obtener antecedentes relativos a la proporción de cantidad de ganado que en tiempos pasados hubiese entre el blanco y el negro pardo, pero a juzgar por la cuantía que existía hace cuarenta años cuando nosotros empezamos a frecuentar la Mancha y por las noticias que de ello facilitaban antiguos ganaderos no creemos aventurado deducir, que en tiempos pasados se explotasen iguales o parecidas cantidades de blancos y negros, e incluso que superasen en cantidad estos últimos.

Lo cierto es, que cuando se examina un rebaño compuesto de una mezcla de ovejas blancas y negras, lo que siempre hemos censurado, por preferir lo uno o lo otro en condiciones de pureza, las negras ofrecen siempre particularidades más atractivas. Y no cabe que decir si se trata de un hatajo